¡Yo, literato!

Méjico, 20 de Mayo de 1904

Sr. D. Enrique de Zavala y Recalde

San Luís Potosí

Querido Enrique: En tu carta última, tan agradable como todas las tuyas, dícesme haber leído en *El Imparcial* la noticia de que asistí á una sesión de cierto círculo literario, y quieres saber qué pito fuí á tocar ó á santo de qué me invitaron. Satisfaré tu curiosidad; pero ármate de paciencia, que hoy siento la pluma incontinente.

Figúrate que en una reciente cena del «Liceo Altamirano», don Telesforo García, cegado por el cariño que me profesa, tuvo la humorada de proponerme para socio; apoyó la proposición Dávalos, que es la benevolencia andando, y todos los demás «señores del margen», que seguramente

no me conocían ni de oídas, víctimas de su excesiva credulidad, tragáronse el anzuelo y decidieron admitirme.

Sospecho que haya sido la escena remedo de aquella de *Los Hugonotes,* de Miguel Echegaray: «¿Pueden entrar los catecúmenos en el templo?»—«¡Pchs!, por mí, que entren». Y héteme aquí á las puertas del Parnaso, ascendido á la categoría de acólito honorario, ó cosa así, en la religión de Apolo.

Mi presentación hízose la noche, para siempre memorable, del 29 de Abril. Presidía,—con el culto y delicadísimo Casasús, traductor insigne, de los insignes poetas latinos,—un amable huésped, don Rafael Delgado, autor de *La Calandria, Los Parientes Ricos,* y otras novelas de lo mejorcito que aquí se ha hecho.

La verdad es que, mirándome en aquel cenáculo (y nunca mejor pudo aplicarse el nombre á una reunión literaria), viéndome entre aquel grupo de intelectuales (como ahora es moda decir), codeándome con el desenfadado y elegante Dávalos y con el meticuloso y pulquérrimo maestro de maestros, don Rafael Angel de la Peña,—que abriendo desmesuradamente los ojos, no parecía cerrar los oídos á las picardías dichas en tono socarrón

y malicioso por mi don Telesforo, el de la Socrática testa y el de volteriano pensar; compartiendo el pan y la sal con vates como Nervo, Valenzuela y Fernández Granados; y con Salado Alvarez, el burilador de la prosa «polida», tersa y galana; y con el perspicaz *Micrós,* que me sugiere la idea de una «punta de París», de un «alfilerillo», por lo fino, acerado, agudo y penetrante; y con tantos otros ingenios, sentíame más corrido que perro con maza.

Por fortuna, agarrándome á la sabiduría popular, como quien se agarra á un clavo ardiendo, me dije que «el que no se consuela, es porque no quiere», y consoléme pensando en el singularísimo carácter de las sesiones de aquel Liceo.

Ya el travieso *Monaguillo*, que olvidado de su viejo humor apicarado y maleante, yace casi sepulto en las arideces de la ciencia económica, me había prevenido que mi sacratísima obligación se limitaba á cenar lo mejor que pudiese. Y eso hice bien.

Entretanto, ocurríanseme atropelladamente numerosas ideas, pugnando por salir de mis labios que cerraba con firmísimo candado innata é incurable timidez.

Iba en mis íntimas lucubraciones desarrollando

un tema interesantísimo que parece mote, lema ó divisa del «Liceo»: *¡Literatura y Cocina!*

¡Ah! si Dios me hubiese llamado por el camino de la oratoria, como á Urueta, ¡qué discurso habría yo pronunciado emulando el de las Armas y las Letras, qué discursazo habría hecho sobre las Péñolas y los Tenedores! En él hubiesen quizá encontrado mis consocios una razón que excusase mi presencia entre ellos, que si todos son capaces de escribir sendas obras bonísimas, á nadie cedo en capacidad para engullir muy buenas chuletas.

Ese procedimiento gastronómico-literario envuelve un verdadero sistema filosófico en perfecta armonía con la trascendental sentencia de *La Verbena de la Paloma:* «¡Hoy las ciencias adelantan, que es una barbaridad!»

Sí, hoy que tan estrechas ligas existen entre la psicología y la fisiología, hoy que á fuerza de análisis microscópicas, persiguiendo el secreto de la vida, casi se espiritualiza la materia, y, en cambio, se somete á peso y medida el pensamiento, debemos conceptuar legítimo el maridaje de Homero y Vatel, de Lope de Vega y Brillat-Savarin; debemos ensalzar á los hombres de miras amplias y generosas que dividen sus amores entre el tintero y la cazuela,—desde el incomparable fantaseador

que engendrara *Los tres Mosqueteros* y el *Diccionario de Cocina*, hasta el cascabelero Pérez Zúñiga, que pulsando la lira, se acerca al fogón para regalarnos con su *Cocina Cómica.*

Yo, como aquel que

«sintió ó presumió sentir
en Cádiz repercutir
un beso dado en Cantón»,

imagino que hoy repercuten en los ámbitos del Universo las substanciosas palabras del Apóstol: «tripas llevan cerebro».

Acabo de recibir, elegantemente impreso en la casa editorial «La Vida Literaria», un libro precioso, *El Cocinero de las Familias,* obra que supongo escribiría con pluma de ave su autor, cocinero y mayordomo... y biólogo y psicópata, ¡Échale guindas!

Si la virtud es un producto, como el azúcar y el vitriolo, concedamos que en el laboratorio de un estómago bien nutrido y que funciona con regularidad, se ocultan las sublimes fórmulas de todas las ideas nobles y levantadas.

Dicen que «Cervantes no cenó cuando concluyó el Quijote», y es probable que tampoco cenara

otra porción de noches. ¿Qué maravillas no nos habría legado á tener un abono en casa de Sylvain?

A los estadistas, á los gobiernos, les diría yo: ¿queréis tener en vuestro pueblo abundante cosecha de filósofos, de hombres de ciencia, de artistas?, pues empezad creando numerosas academias de hábiles cocineros.

Hasta la religión, en su aspecto amable y risueño, es cuestión de estómago. Todos conocemos la historia de aquel rollizo canónigo que «nunca á Dios llamó bueno, hasta después de comer»; y todos conocemos también aquel edificantísimo *poema*, en que describiéndose la vida de los santos varones enclaustrados, dícese piadosamente:

«*Comen* y de dos en dos
. . . . . .
salen tosiendo y rezando
en honra y gloria de Dios».

Esta íntima simpatía entre la religión y el estómago, la comprendieron por admirable modo numerosas comunidades, no ya de almibaradas monjitas que se pasan la vida haciendo pasteles de todas clases, sino de sesudos frailes: sobresa-

liendo de cien codos entre las demás congregaciones, las de Benedictinos y Cartujos, quienes, como con elegancia afirma cierto escritor sagrado, destilando licores y magullando preces, se esfuerzan en facilitar al prójimo una plácida digestión y la bienaventuranza eterna. Amén.

Pero temo que mi acendrada religiosidad esté haciéndome tomar el rábano por las hojas, y me fuerce á convertir éste, que yo quisiera te resultase platillo de gusto, en indigesto comistrajo, en insoportable almodrote ó bodrio literario.

Volvamos á la realidad, es decir, á la cena-sesión del «Liceo».

El ruido de platos, copas y cubiertos semejaba acompañamiento de un himno solemne y regocijado á la par; himno en prosa, es cierto, pero en prosa... rítmica. En las frentes pensadoras de aquellos poetas, clásicos, románticos ó decadentes, parecíame leer: ¡Glorifiquemos el solomo!, cantemos «¡aleluya!» cuando veamos asomar un pavo trufado.—Y fíjate que digo «aleluya», en singular.—El espectáculo respiraba unción.

Ahora bien, como «oveja que bala pierde bocado», y «al buen callar llaman Sancho», y «en boca cerrada no entran moscas», me prometí á mí mismo que en aquel recinto, no siendo para co-

mer, no desplegaría mis labios pecadores, dando prueba de merecer en cierto modo de estar allí, pues, como decía Cipión, uno de los apreciabilísimos canes de Mahudes, «para callar en romance y hablar en latín, discreción es menester, hermano Berganza».

A los postres, cerrado el apetito, se abrió la sesión.

Leyó Salado Alvarez un bien pergeñado saludo-elogio á Delgado, quien contestó con palabra fácil y nerviosa, parafraseando aquello que de las letras dijo Cicerón en su «Pro Archia»: *Hoec studia adolestentiam alunt, senectutem oblectant*, etc. (¿Te parece pedantería este latín á destiempo? ¡Si vieras cómo, desde que tengo patente de literato, me parece que «viste» y «hace el pie pequeño» eso de incrustar en lo que se escribe algo de latín, y mejor, si puede ser, de griego, aunque uno mismo no lo entienda!)

Después se desencadenó el alud. Casi todos los comensales, y cuenta que éramos un par de docenas, leyeron algo en prosa ó verso.

Merece se mencione en primer término un brillantísimo estudio de Urueta sobre la tragedia ática. Cuando le ví desenvainar su abultadísimo rollo de cuartillas, temblé; pero cuando el ínclito

Chucho terminó la lectura, le miré con rencor porque no continuaba. Su erudición y las adivinaciones de su genio hicieron resucitar ante nosotros las pasmosas figuras de Esquilo, Sófocles y Eurípides, y sus obras maestras. Es tal la mágica prosa del fogoso orador-poeta, tal la convicción con que lee, que, cuando indignado clamaba contra quienes suponen torpeza en el culto de los antiguos griegos por la hermosura de los adolescentes, logró persuadirme, indigném̀e también contra los censores de los vicios de aquellos egregios artistas, olvidando por un instante lo poco que aprendí en viejas historias, y hasta aquel diálogo de Platón, acerca de la Belleza, en el que, á pesar de la elevación del concepto, á despecho de las sublimidades del lenguaje que pone en labios de su maestro Sócrates y de Fedro, traslúcese ¡ay! con toda claridad cuáles eran las costumbres de los contemporáneos de Alcibiades...

Nervo leyó un encantador cuentecito, delicioso cuadro tomado del natural, lleno de gracia y delicadeza. Es este escritor de los que más me gustan; pero incurre á veces en genialidades y licencias poéticas por las que, si algún día llego á tener confianza con él, me propongo darle un tirón de orejas. Tú le conoces. Le oíste recitar

en unos Juegos Florales la última vez que viniste á Méjico. ¿Te acuerdas? Estábamos en butacas, muy entretenidos presenciando los imprudentes «telégrafos» de un chico sin aprensión y cierta *blondinette* poco cuidadosa de su extraordinario «cónyuge», su grotesco teutón, que, embrutecido en aquel ambiente artístico, miraba á todas partes con ojos estúpidos... En el momento en que los enamorados se decían «la mar de cosas bonitas» con los ojos, se adelantó al proscenio un poeta de cara alargada, cuidadosamente vendado el cuello con un corbatín de principios del siglo pasado, y, encarándose hacia el confiado ó indiferente germano, dijo con una inflexión de voz llena de irónica indulgencia:

«¡Y el Buhda de basalto sonreía!»

Aquel era Nervo.

No me detendré en hablarte de unos primorosos versitos de Dávalos, ni de todo lo demás que oímos; pero sí quiero comunicarte algunas de mis impresiones de *conjunto*.

Quizá si mis compañeros del «Liceo Altamirano» pudiesen leer esta carta, me la tomarían á mal. No siempre agrada la franqueza, por mucho que se dore la píldora.

Creerás tú que una cena de literatos ha de ser forzosamente hervidero de ingenio, de frases punzantes, de crítica bien intencionada, pero con sal y pimienta... Yo sentía frío. La conversación no se generalizó. Hablábamos como los monjes, por parejas, en tono mesurado, sin elevar el diapasón. Me parecía estar en la cámara de los espejos: por todas partes veía reflejada mi misma cara inexpresiva de hipocondríaco. Aquello era un exceso de corrección.

Faltaba la crítica, la chispa de la crítica que anima, y caldea, y vivifica. Con el mismo *vigor* (nota que no digo «entusiasmo») se aplaudían unos versos forjados como Dios manda que otros necesitados de Emulsión Scott por lo endeblitos. El sistema revela *muy buenas formas;* pero me parece detestable. ¿Es que el «Liceo» no pasa de ser una Sociedad de Bombos Mutuos, donde todos nos comprometemos á aplaudir al prójimo para que el prójimo nos aplauda? Eso no sería decoroso.

El encanto de toda asociación consiste en la fraternidad, y ésta supone sinceridad absoluta. ¿Es que los censurados se ofenderían?... Los tiradores que se molestan por los botonazos recibidos no deben concurrir á la sala de armas. Lo

que importa es ejercitarse en el manejo de la pluma, esgrimirla de modo de no descubrirse.

Hará tres ó cuatro años formé parte del Jurado en un certamen literario. Desempeñaba la Secretaría, Dávalos; y en la primera junta nos comunicó el juicio que le merecían los trabajos presentados.—«Para el tema cuarto, nos dijo, hay una composición en tres sonetos. En mi vida he visto cosa peor que los dos primeros... como no sea el último».—«Murga *fecit*», le contesté riendo.—¡Todavía le dura la *mortificación!* A saber que era yo quien había perpetrado aquello, ¿me lo habría aplaudido?

Decía Sainte-Beuve que para juzgar con acierto de un libro se necesitaba conocer personalmente al autor. Me permito el lujo de opinar en contra del gran crítico, por lo menos tratándose de jueces españoles ó hispano-americanos. Nuestra especial *finura* nos oscurece el criterio ó nos amordaza el pensamiento cuando debemos fallar en cosas de amigos ó de simples conocidos. ¡Siempre la mal entendida *educación* ahogando la espontaneidad!

Mucho más se me ocurrió sobre lo apuntado; pero te indulto de la pena de echártelo al coleto, pues sospecho haber abusado de tu paciencia,

aunque pertenezcas á la especie zoológica de los machos literatizantes que se perecen por estas mazacotudas disquisiciones.

Tuyo ex-corde,

G. DE M.

P. S. (El domingo 22). Dejé abierta la carta para incluir tu encargo, y ahora me ocurre añadir algunas líneas.

¿Recuerdas el cantar:

«Tienen los españoles
vena de loco,
unas veces por mucho
y otras por poco?»

pues me parece aplicable á mis consocios del «Liceo».

¿Quejábame por falta de una chispita de crítica?... Anoche tuvimos otra cena y presencié variadísima función de fuegos artificiales, con amagos de incendio.

Me refocilo pensando en la próxima sesión. *Espero* que acabaremos á sartenazos. Á menos que vuelva á descender notablemente la temperatura...